

EL POBRE TÍO SILAS

Jamás olvidaré aquella tarde en que mi padre nos miró con pesar a mis hermanos y a mí. Habíamos estado discutiendo con gran animación cómo nos íbamos a vestir en una noche Oscura para aparentar ser espíritus y asustar a un compañero un tanto miedoso.

-¡Será verdaderamente gracioso, muchachos, les aseguro! -dije yo regocijándome ante tal idea.

-Muy gracioso para ti, Enrique, pero, ¿y para él? -preguntó una voz grave y reprensiva; y alzando la vista, vi a mi padre con una penosa expresión en su rostro.

¡Era una idea nueva! Sería divertido para nosotros, sí; pero, ¿qué sería para él, un pobre e inofensivo muchacho, a quien nosotros estábamos proyectando asustar tan cruelmente?

No habíamos pensado en esa fase del asunto. Los chicos, y en verdad los hombres también, estamos inclinados a considerar únicamente un lado de las cosas: el que más nos conviene.

Nuestro padre quedó pensativo por un momento; luego, llamándonos, entró en la sala y se sentó.

-Hijos míos -dijo-, veo que ha llegado el momento de contarles una historia de tiempos pasados, de cuando yo era muchacho, tan lleno de vida y alegría que, como les pasa a Uds. ahora, no se me ocurría que aquello que para mí era diversión pudiera ser justamente lo contrario para alguna otra persona.

Calló por un momento, y una sombra de dolor pasó por su semblante, expresión que le notara muchas veces y que aprendí a relacionar con cierto hombre que vivía en una choza cerca de nuestra casa.

Ese hombre era alto y fuerte, y más o menos de la edad de nuestro padre, pero ¡ay! había perdido para siempre la luz de su vida, la razón. Era manso e inofensivo, y por lo general alegre y juguetón, pero había ocasiones en que caía al suelo lleno de terror, profiriendo gritos salvajes contra los espíritus que -según él-, lo querían atrapar.

Mi padre visitaba a menudo a ese pobre hombre, "el pobre tío Silas", como los chicos lo llamábamos.

Algunas veces yo lo acompañaba. Nunca iba con las manos vacías, sino que le llevaba siempre algún regalo: un libro con figuras, caramelos, masas o algún juguete. Era en esas ocasiones cuando yo notaba aquella dolorosa y triste expresión en el semblante, por lo general alegre, de mi padre, expresión que permanecía, como una nube, mucho tiempo después de volvernos a casa. Yo sabía además que era él, con la ayuda del tío Juan, quien pagaba el alquiler de la casa del pobre hombre, lo vestía y pagaba a una mujer que lo cuidaba.

Y eso me causaba perplejidad, pues sabía perfectamente que "el tío Silas" no tenía parentesco alguno con nuestra familia, y que el dinero que se gastaba en su sostén a duras penas se podía conseguir.

Mi padre prometió muchas veces contarnos la historia cuando llegase el "momento oportuno", y por lo visto ese momento había llegado, pues sus primeras palabras mencionaron al "tío Silas".

-Hijos míos -dijo él-, les contaré ahora la historia del "tío Silas". Cuando la hayan oído comprenderán la razón por la cual considero mi deber contársela a Uds. precisamente en esta ocasión. Daría diez años de mi vida para no tener que contar esta historia. Pero es la cruz que yo mismo me impuse, de modo que debo llevarla pacientemente como castigo.

Cuando yo era muchacho, había entre mis compañeros de escuela un niño muy inteligente, buen alumno, pero de temperamento muy nervioso y tímido. Su madre era una pobre mujer que trabajaba duramente para ganarse la vida, y su mayor ambición era ver que su hijo triunfara.

Todos queríamos a Silas, pues era muy dócil; pero al mismo tiempo nos gustaba abusar de su buen carácter y de su timidez, y estábamos constantemente haciéndolo víctima de nuestras travesuras.

Su madre era irlandesa, una de esas mujeres llenas de supersticiones extrañas. Nada le parecía demasiado descabellado para poder creerlo, y Silas había heredado gran parte de esa tendencia supersticiosa.

Nosotros, los muchachos, pronto descubrimos su debilidad, y nada nos divertía más que, al salir del colegio por la tarde, sentarnos en los escalones del edificio de la escuela, tratando cada uno de superar al otro en inventar cuentos, fantásticos y extraños, de espíritus, ladrones y asesinos. Silas por lo general se quedaba para oírnos, con sus ojos azules casi saltándole de las órbitas, el rostro a veces pálido y otras sonrojado, y de tal manera excitado que por cualquier ruido, el producido al cerrar una puerta o al arrastrar los pies en el suelo, se sobresaltaba.

Cierta tarde nos entretuvimos en nuestro pasatiempo favorito hasta después de la puesta del sol, y las sombras descendían suavemente sobre los campos circundantes.

-¡Oh! ¿Qué haré ahora? -dijo Silas mirando atemorizado alrededor de él- Todavía tengo que ir a la casa del hacendado González y estará oscuro antes que regrese.

-¿A casa del hacendado González? -exclamé yo, guiñando un ojo a los otros- Así que tú tienes que cruzar el puente viejo; dicen que el espíritu de su mujer, que se ahogó allí, visita ese lugar durante la noche; aunque creo que es solamente en el aniversario de su muerte. Y, a propósito, ¿qué fecha es hoy?

-Es diez -me respondieron. "Dejé escapar un corto silbido de sorpresa y miré fijamente a Silas.

-Entonces estoy contento de no tener que pasar por ese lugar esta noche -dije con voz lo suficientemente fuerte como para que él me oyese, como yo quería.

-¿Qué dices? -balbuceó él, quedándose blanco como una sábana- Es...?

-Sí, así es, ya que lo quieres saber. Pero no tengas miedo. Yo no creo absolutamente nada de ese cuento. ¿Quién ha sentido alguna vez hablar de un espíritu con costillas de fuego, y con manchas de fuego en el rostro? ¡Bah! Son invenciones.

Pero el pobre Silas estaba alarmado; lo cual era precisamente lo que me proponía, y su terror me parecía una excelente diversión, o mejor dicho, el principio de una excelente diversión, pues formaba parte de un plan del cual esto era el preludio. Mientras Silas vacilaba, titubeando entre el temor de encontrarse con el espíritu y la seguridad de una paliza si no iba a hacer el mandado, llamé aparte a mi hermano Juan y le comuniqué mi plan, que decidimos guardar en secreto.

Como resultado, Juan se ofreció a acompañar a Silas a hacer el mandado, cosa que el pobre Silas aceptó con todo agradecimiento. Así que emprendieron el camino mientras los demás muchachos se marcharon a sus casas.

Inventé un pretexto cualquiera para volver atrás antes de llegar a casa, y fui a toda carrera a la farmacia, donde compré un poco de fósforo; me fui entonces a casa, conseguí una sábana, y logré escabullirme nuevamente.

Pronto me encontré en el puente, y, escondido detrás de unos arbustos, me puse a dibujar con el fósforo en mi saco negro las costillas de un esqueleto, las que se notaban sorprendentemente -los trazos luminosos brillaban claramente en la oscuridad, pues ya había anochecido por completo.

Me puse entonces parte del fósforo en las manos y en la cara, me até luego la sábana a la cintura, dejando que una parte se arrastrara detrás de mí. Así preparado me coloqué a algunos metros del puente, por donde los muchachos debían pasar a su regreso.

Pronto oí la voz de Silas que decía:

-¡Oh! Juan, ¡tengo miedo! ¡Tengo tanto miedo!

-Tonterías -respondió mi hermano-. ¿Un espíritu? ¡Qué ocurrencia! Me gustaría ver uno.

-¡Oh! no digas eso. ¡Oh! ¡Aaaah!

Un grito como aquél, de tan intenso e indecible terror, quiera el cielo que nunca vuelva a escucharlo en mi vida. Y al proferirlo, Silas cayó como muerto al suelo. Juan, según habíamos convenido, gritó también, y empezó a correr, como si estuviese terriblemente asustado. Silas quedó allí unos instantes, y mi corazón se estremeció. ¿Estaría muerto? ¿Lo habría asesinado? No, hijos míos, no le había hecho ese favor.

Silas volvió a levantarse y, dando gritos y gritos, se precipitó hacia el puente. Viendo entonces el terrible efecto que habíamos producido, pensé que la broma había ido demasiado lejos; y me puse a correr detrás de él, llamándolo y diciéndole que había sido una broma y que no había ningún espíritu.

Pero él no me oía, sino que seguía corriendo y gritando hasta que llegó al puente, y allí, para espanto mío, de un salto pasó la baranda y fue a caer en medio del barro y agua que había abajo.

Juan volvió entonces, me quitó la sábana que tenía atada a la cintura, y ambos corrimos hacia donde estaba Silas. Había más barro que agua, eso lo sabíamos, pero por la fuerza de la caída se había enterrado en el barro hasta que sólo sobresalían los hombros y la cabeza; y para aumentar nuestro terror, notábamos que se iba hundiendo cada vez más.

Algo teníamos que hacer y con urgencia; de lo contrario, lo veríamos enterrarse vivo. Había por allí unas pesadas planchas, las que conseguimos arrastrar hasta donde se hallaba el pobre Silas hundiéndose y gritando siempre: ¡El espíritu! ¡El espíritu! ¡El espíritu!

Aún no entiendo cómo logramos sacarlo de ese pantano con nuestras fuerzas de muchachos, pero fuese como fuese, lo sacamos y lo llevamos a casa, a pesar de habérsenos escapado varias veces gritando: '¡El espíritu!'

Silas estuvo muy enfermo durante muchas semanas, y cuando finalmente su cuerpo recobró la salud, los médicos declararon que nunca más volvería a tener uso de razón; y desde entonces ha sido siempre como Uds. lo conocen hoy.

Mientras su pobre madre vivió, tío Juan y yo le ayudamos a cuidarlo, y desde que ella murió, hace ya muchos años, nos hemos encargado enteramente de la víctima de nuestra cruel 'broma', aunque el pecado fue más mío que de mi hermano, pues fui yo quien ideó la broma. "Hijos míos, aquel momento de irreflexivo 'placer' ha entristecido toda mi vida, arrojando una sombra sobre mis momentos más dichosos". Mi padre terminó así su historia, y se quedó observando nuestro desolados rostros, mientras murmurábamos en tono de infinita compasión:

-¡Pobre tío Silas!

-Bien, hijos míos -dijo él después de algunos momentos-, estoy esperando que me cuenten esa graciosa broma que Uds. querían jugarle a Arturo. Bajamos la cabeza en silencio y él sonrió.

-¡Oh! yo sé que Uds. comprenden por qué les conté mi triste historia hoy. Aprendan la lección que ella encierra. Y ahora, hijos míos, sé que puedo confiar en Uds.; pero para que nunca se olviden, quiero que cada uno ponga su mano sobre este Sagrado Libro, y recordando que nuestro Padre celestial nos oye, prometan todos no permitirse nunca una diversión que pueda ofender o hacer desgraciado a uno de sus semejantes.